

Acerca de don Pedro Laín

LUIS MONTIEL (*)

BIBLID [0211-9536(2002) 22; 515-519]

Me invitan a escribir sobre Pedro Laín Entralgo para los lectores de *Dynamis*. Muy sentidamente lo agradezco, pues quería a don Pedro; pero sobre todo porque los responsables de la revista, con delicadeza poco común, me conceden absoluta libertad en lo tocante al contenido y al enfoque de mi escrito. Otros me han hecho objeto de peticiones en apariencia semejantes y he rehusado al comprender que esperaban una necrología clásica, para lo que me faltaba convicción. En esta ocasión sé que muchos de los potenciales lectores conocían al historiador de la medicina Pedro Laín, al pensador Pedro Laín, en medida suficiente, y aún sobrada, lo que me exime de referirme por enésima vez a su obra. Bastantes de ellos conocieron también a la persona que había escrito tantos y tan buenos libros y artículos, y pronunciado tantas exitosas conferencias. Otros no habrán tenido tanta suerte. Al decir esto desvelo, sin ambages, mi posición ante la persona de Pedro Laín; aunque, si bien lo pienso, ya lo he hecho antes, pues he afirmado que le quería.

Muchos de aquellos que le escucharon alguna vez quizá le hayan oído referir la sentencia de un pensador anglosajón, estadounidense creo recordar —¿Emerson? ¿James? Podría buscar la cita, pero esta vez no lo haré—, que le había llegado a través de su admirado Unamuno: «Hay tres Pedros; uno, el Pedro que él mismo cree que es; otro, el que los demás creen que es; y por fin otro que sólo Dios conoce». En lo que

(*) Profesor Titular de Historia de la Ciencia. Dpto. de Salud Pública e Historia de la Ciencia. Universidad Complutense de Madrid. Ciudad Universitaria - Pabellón 5, planta 4. 28040 Madrid. E. Mail: montiel@med.ucm.es.

atañe a Dios profeso el «largo me lo fiáis» de Don Juan; pero la frase en su conjunto me permite, o más bien me empuja, a hablar, sin más pretensión que la del testimonio personal, del Pedro que conocí y en cuya cercanía pasé veintidós años.

A menudo he escuchado a personas que censuraban hechos o aspectos de la personalidad de un don Pedro anterior a mi ingreso en la cátedra de Historia de la Medicina de la Complutense que él acababa de dejar vacante al jubilarse. Nunca he sostenido —¿cómo podría haberlo hecho, a no ser desde el fanatismo?— que mintieran, ni tan siquiera que estuviesen equivocados. He podido, en todo caso, señalar que otros contaban cosas diferentes, y que él mismo se había sentido movido a escribir un *Descargo de conciencia* excesivo para unos, insuficiente para otros, pero real al fin y al cabo, y no mero propósito. Y a eso he añadido siempre lo que, ahora, sitúo al comienzo de mi testimonio: tal vez pueda decir que yo me he beneficiado excepcionalmente de entrar en su vida, y de que él entrara en la mía, en las respectivas edades en las que la relación entre maestro y discípulo se parecen menos a las de un padre y un hijo que a las de un abuelo y su nieto.

Debo apresurarme a advertir a lectores precipitados, si alguno llega a haber, de estas líneas, que no tomen el símil en su dimensión más cursi, que nunca llegó a darse entre nosotros. Quiero dar a entender tan sólo que tengo la impresión de que «mi» Pedro Laín estaba ya de vuelta de muchas cosas, de aciertos y, sobre todo, de errores que habían cincelado su actitud ante la vida hasta hacerla especialmente abierta, tolerante, generosa. Como el viajero de Machado, otro de sus muy queridos, había andado muchos caminos y abierto muchas veredas, y seguramente en todas partes había visto malas gentes que van apestando la tierra. Pero eso, quizá también en parte por el hecho de que su peripecia fuera acompañada por el éxito social, no le había hecho melancólico y desabrido, sino jovial y esperanzado. Muy pronto, en una ocasión en que me demostró su generosidad y su afecto, pude comprender esto que sólo ahora soy capaz de formular con alguna claridad.

En 1986 se publicaron, casi al unísono, tres libros de Laín. Uno de ellos era una recopilación de trabajos de tema historicomédico, titulado *Ciencia, técnica y medicina*. Una mañana, en nuestra antigua sede del pabellón V de la facultad, Laín me pidió que lo presentara en un acto

público que tendría lugar en los Jardines de Cecilio Rodríguez, en el Retiro. Su propuesta a los editores, me dijo, era reunir en un solo acto la presentación de las tres obras y, en lugar de encomendarla a primeros espadas de la cultura, proponer a tres «jóvenes» que se hicieran cargo de las mismas. Los otros dos «jóvenes» eran Amando de Miguel y Luis Suñén. En aquel acto el joven que yo era —¡treinta y tres años!; pero eso sí, como ahora, un perfecto desconocido— desveló, entre otras cosas, la sorpresa que le producía el «optimismo» con que el autor presentado afrontaba el futuro, ese siglo veintiuno que, con entusiasmo juvenil, deseaba llegar a conocer. Aquella tarde, en su breve acción de gracias, don Pedro recogió el guante y me enseñó la diferencia entre optimismo y esperanza. Supongo que con su encargo de presentación quería hacerme un regalo. Me lo hizo —¡y en qué medida!— con su respuesta, cuya fuerza aún vive en mí. Él, rememoró, había vivido la «España del tiro en la nuca», y la esperanza representaba para él una especie de íntima rebeldía, que podría traducirse como el rechazo a creer que el ser humano fuera siempre así y solamente así. Y obraba en consecuencia, pues aunque era capaz de censurar a los mezquinos, quien daba el menor pábulos a su siempre atenta esperanza podía contar con el estímulo amistoso y con un crédito que a menudo daba vértigo. ¡Cuántas veces no le he oído decir en público: «Fulano de Tal es la persona que más sabe de...!» En ocasiones he sido beneficiario de ese juicio; en alguna, con razón: es muy probable que yo sea «la persona que más sabe en España sobre la medicina del Romanticismo alemán», aunque es difícil saber qué valor tiene tal aserto cuando no puede establecerse comparación alguna con otro, ni qué importancia puede tener saber algo acerca de una materia en la que no hay competencia. Pero en el resto de casos la frasecita me ha producido cierto sonrojo al ser yo consciente de que implicaba una exageración motivada por la amistad, pero que no por ello dejaba de ser una exageración. Bien es verdad que esa experiencia me ha enseñado a tomar *cum grano salis* juicios semejantes de los que otros eran objeto.

Esto me lleva a considerar otro aspecto del Laín que conocí: su sombra. La sombra de Laín, probablemente todo el mundo lo sabe, era muy amplia. Su extensión determinaba que algunas personas que se movían en su entorno, y sus obras, podían quedar *en sombra*, mientras que otras podían medrar *a su sombra*. Esto, en la mayor parte de los

casos, no dependía tanto de la voluntad del propio Laín como de la del «sombreado» —si así puede decirse—, y sobre todo de la fuente de luz. Se considera un defecto español el exaltar extraordinariamente a uno o dos personalidades —en las ciencias, en las artes— con el fin de cumplir con lo que se considera una exigencia de justicia, y olvidarse de aumentar el caudal de aportaciones en estos campos; así lo denunció, sin ir más lejos, otro de los mentores intelectuales de don Pedro, Ortega y Gasset, que llegó a equiparar esta dulzura a la tributada en nuestro solar al brazo incorrupto de Santa Teresa. «Si ya tenemos a Cajal —viene a decir el filósofo, caricaturizando la actitud que denuncia—, ¿para qué queremos más?». Me consta que Laín —al menos mi Laín— nunca pretendió ensombrececer a nadie, sino más bien todo lo contrario; ¡a cuántos conozco de quienes no puedo decir lo mismo! Sin embargo, lo que llamaré «el público» había hecho ya su elección. Una buena elección, sin duda, aunque limitada. Pero eso no puede ponerse en el debe de don Pedro, sino en el de los gestores de nuestra vida cultural.

Hasta ahora he hablado sobre todo de la persona de Pedro Laín, o si se quiere, de la persona que yo conocí a lo largo de tantos años. Pero no puedo ni debo olvidar que ese a quien, en el sentido ya explicitado, contemplé desde la privilegiada posición de «nieta», fue también, y ante todo, mi maestro. Como tal le reconozco, aunque debo señalar en este punto que mi relación discipular con él no fue probablemente la más habitual. Y quizá a ello se deban el respeto y el afecto que siempre nos tuvimos. Quienes conocen el fruto de mis afanes intelectuales posiblemente hayan advertido que otros son los nombres que más frecuentemente aparecen en mis páginas. Como he dicho alguna vez, es probable que yo sea el discípulo de Laín que menos le cita. Y, sin embargo, ni él ni yo —ni quienes me han reclutado para esta tarea, creo entender— nos hemos llamado nunca a engaño. El sabía que yo era, en el sentido más fuerte y vinculante del término, su discípulo, como yo sabía que al trabajar de determinada manera intentaba emular lo que más admiraba en él. Cuando la Sociedad Española de Historia de la Medicina festejó en Madrid su nonagésimo aniversario tuve ocasión de expresar en concisa frase de qué modo me consideraba, lleno de agradecimiento, discípulo suyo: «Nunca me dijo, ni me dio a entender: ‘haz lo que yo’, sino ‘haz lo que debes’». Para mí ser su discípulo significaba,

y significa todavía, obrar como él, y no seguir su estela; incluso cuando obrar como él implicaba discrepar de algunos de sus asertos en materia historicomédica. Y tal vez él me quiso mucho más por esto que por el dudoso mérito de mis contribuciones.

Era sencillo y noble, «mi» Laín. Era alguien en quien me gustaba mirarme, con la íntima convicción de que nada, al menos nada verdaderamente importante, de lo que de esa mirada saliera sería mezquino o malvado. No es la única persona así que he conocido, pero me han pedido que hable de él, y además él era mi maestro. Muchos de sus libros están en mi biblioteca, y muchas de sus ideas —aun las que no comparto— en mi cabeza. Pero sobre todo está la imagen hacia la que vuelvo la mirada en momentos de duda y de desánimo para refrescar algunos aspectos de mi ideal de vida, aquellos que reconozco deber especialmente a él, y a los que estoy seguro de deber muchos de los mejores momentos que he pasado con los míos; con todos los míos, incluyendo en esta nómina a los camaradas historiadores con quienes, fraternalmente, comparto este recuerdo.